

LA TISBE, aparte

¡Oh, si pudiese apenas verle pasar! ¡No hay medio! ¡Tengo que marcharme!

(A ANGELO.)

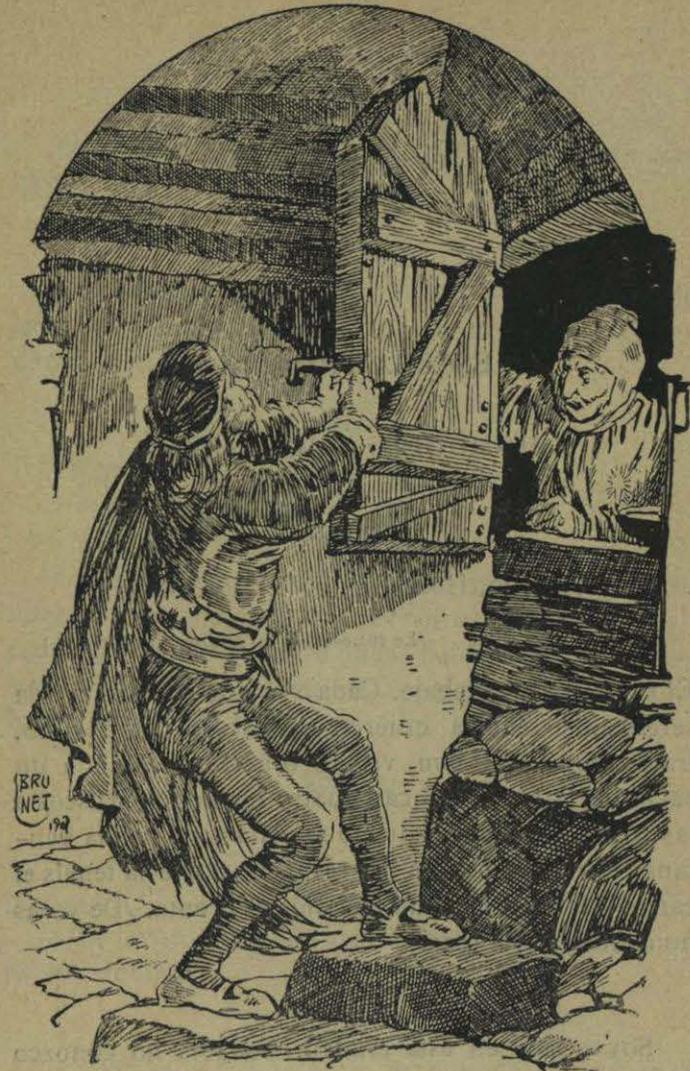
¡Vamos! Venid, monseñor.

CATERINA, siguiéndola con los ojos

¿Es esto un sueño?

TERCERA JORNADA

LO BLANCO NEGRO



PRIMERA PARTE

Interior de un casucho ruinoso. Algunos muebles groseros. Una cesta de junco entretrejida á medias en un rincón. En el fondo, una puerta. En el ángulo de la izquierda, una ventana semientornada por un postigo carcomido. En el mismo lado, una especie de larga abertura completamente cerrada. Al lado opuesto, una puerta y una chimenea alta que ocupa el ángulo de la derecha. Al lado de la larga abertura cerrada, algunas cuerdas, algunos zarzos apoyados en el muro, y un montón de pedruscos.

ESCENA PRIMERA

HOMODEI y ORDELAFO

ORDELAFO

Muy sencillo, Homodei, por esta ventana.

(Le muestra la larga abertura cerrada.)

El río corre por debajo. Cada vez que el podestá ó la serenísima señoría quieren deshacerse de alguno, traen aquí al quídam, vivo ó muerto, lo atan á un zarzo de estos, se aplican cuatro buenos pedruscos á las cuatro esquinas, y luego se echa todo por la ventana. El río se encarga del resto. En Venecia tenéis el canal Órfano, en Padua tenemos el Brenta. ¿De veras no conocías esta casa?

HOMODEI

Soy nuevo en esta ciudad. Todavía no conozco todos los usos. Por lo demás, esta casa está muy bien situada para mis propósitos. En un lugar desierto, y en el camino que seguirá Reginella cuando vuelva al palacio.

ORDELAFO

¿Quién es esa Reginella?

ANGELO

91

HOMODEI

Oye, tú responde solamente. ¿Quién vive en esta casa?

ORDELAFO

Dos especies de perros con cara humana, uno de los cuales se llama Orfeo y el otro Gaboardo. No tardarás en verles entrar.

HOMODEI

¿Y qué hacen aquí esos dos hombres?

ORDELAFO

Las ejecuciones nocturnas, las desapariciones de cuerpos muertos, toda esa corriente de negocios secretos que sigue la de las aguas del Brenta. Pero volvamos á nuestro asunto. Tú me decías que la cosa había salido mal.

HOMODEI

Sí.

ORDELAFO

¡Qué locura imaginar que bastaba dejar una mujer allí dentro!

HOMODEI

No sabes lo que te pescas. Cuando á uno se le ocurre una idea que puede matar á alguien, la mejor arma que puedes utilizar, es los celos de una mujer. ¡Ah! De ordinario las mujeres se vengán. No alcanzo á comprender lo que pasó por aquella cabeza. Que no me hablen más de comediantas para saber dar una buena cuchillada. Toda su tragedia se resuelve en el teatro.

ORDELAFO

En tu lugar me hubiera presentado buenamente al podestá y le hubiera dicho: Vuestra esposa...

HOMODEI

En mi lugar no te habrías presentado buenamente al podestá ni le hubieras dicho: Vuestra esposa; pues sabes tan bien como yo que el ilustrísimo consejo de los Diez nos prohíbe á todos nosotros, lo mismo á ti que á mí, que tengamos relación alguna con el podestá, hasta el día que se nos mande detenerle. Y sabes muy bien que no puedo hablar al podestá, ni escribirle, bajo pena de la vida, y que soy vigilado. ¿Quién sabe? Tal vez seas tú el que me vigila.

ORDELAFO

¡Homodei! ¿No somos amigos?

HOMODEI

Razón de más. Yo no me considero autorizado á desconfiar de ti.

ORDELAFO

¡Oh, mi buen amigo Homodei!

HOMODEI

¡Pero desconfío, ¿estás?

ORDELAFO

No sé que te haya hecho ningún mal.

HOMODEI

Nada. Algunas preguntas tontas, y eso es todo. Además, no estoy de buen humor. Ea, seamos amigos. Dame la mano.

ORDELAFO

¿Renuncias, pues, á tu venganza?

HOMODEI

¡Antes renunciaría á mi vida! Ordelafo, tú no has amado nunca á una mujer, no sabes lo que es amar á una mujer que te arroja, que te humilla y que te insulta altamente en el nombre, llamándote espía, cuando eres verdaderamente espía. ¡Oh! Lo que se siente entonces por esa mujer, por esa Caterina, ya no es amor, ¿comprendes?, ya no es odio, ¡sino un amor que odia! Pasión terrible, ardiente, sedienta, que sólo bebe en una copa: ¡la venganza! Y me ocuparé de esa mujer; yo asiré á esa mujer y por los pies la arrastraré al sepulcro; ¡sí, lo haré, Ordelafo!

ORDELAFO

El plan te salió mal. ¿Y qué harás ahora?

HOMODEI

Tengo ya otra idea.

(Va á la ventana del fondo.)

Precisamente tú vas á ayudarme, Ordelafo. Acércate. ¿Ves una mujer con manto encarnado, allá abajo, que se dirige hacia nosotros?

ORDELAFO

Sí, ¿y qué?

HOMODEI

Sal haciéndote el indiferente. Cuando llegues cerca de esa mujer, la dejas pasar, y luego la sigues con disimulo. Así que llegue delante de esta casa, cuya puerta habrás dejado entornada, empujarás bruscamente á la mujer contra la puerta. Esta cederá, y yo

te ayudaré á hacer entrar á la mujer en la casa. El resto corre de mi cuenta.

ORDELAFO

Entendidos.

HOMODEI

Todo está completamente desierto.

(Mira.)

No, nadie. Si grita, que grite. Ve.

(ORDELAFO sale.)

Esta casa está verdaderamente bien situada. Aquí podría asesinarse al Papa sin que lo oyera ningún cristiano.

(Ruido de pasos en la puerta, que se abre, dando paso á REGINELLA, amordazada con un pañuelo y empujada por ORDELAFO.)

ESCENA SEGUNDA

HOMODEI, ORDELAFO y REGINELLA

ORDELAFO

La he amordazado para mayor precaución.

HOMODEI, quitando la mordaza

Has hecho bien.

REGINELLA, asustada

¡Piedad, señores!

HOMODEI

Ea, no tengas miedo. Me cargan los lloriqueos. Tranquilízate y responde. Puesto que me conoces, no has de tener miedo. Ya sabes que ayer hablé contigo. Era yo. Y no te hice mal alguno, ¿verdad? Tú te llamas Reginella. Tú eras la que conducía al señor Rodolfo á las citas que le daba madona Caterina en el viejo palacio Magaraffi. Esta mañana, hace una hora, Rodolfo te ha encontrado cerca del puente Altina, no lejos de aquí. Y te ha entregado una carta para tu ama.

REGINELLA

Monseñor...

HOMODEI

Dame esa carta.

REGINELLA

Tomad.

HOMODEI

Está bien.

(Rompe la nema de la carta.)

REGINELLA

¿Rompéis el sello, monseñor?

HOMODEI

Yo no sé por qué me llamas monseñor. Yo soy un espía. Te lo hace decir el miedo estúpido, y no me lisonjea.

(Lee la carta.)

Esto basta. Lástima que no haya firmado. Habrá que buscar un medio para hacer saber su nombre al postá.

(Se oye el ruido de una llave en la cerradura. Entra un hombre vestido de gris. Cabellos grises, manos grandes, cutis térreo. Todo el hombre es ceniciento.)

¿Quién es ese hombre?

ORDELAFO

Es uno de los dos perros de que te he hablado antes. Es el que responde por el nombre de Orfeo. El otro no tardará en volver. Cuando el uno vela de noche, duerme de día.

(El hombre se acerca á HOMODEI y le mira con ademán huraño.)

Haz que te reconozca.

(HOMODEI entreaire el capote. Al ver las tres letras, el hombre se lleva la mano á la gorra.)

ORDELAFO, al hombre

Vete á dormir.

(El hombre se retira á un rincón sin decir palabra.)

HOMODEI

¿Hay alguna otra salida en esta casa?

ORDELAFO

Sí. Por allí. Da á la calle de Scalona.

HOMODEI

Sal por allí con esta muchacha, y pásela todo el día.

(Salen ORDELAFO y REGINELLA por la puerta indicada. El hombre se halla siempre en el fondo, entre la penumbra, entretejiendo una cesta. Aparte.)

He dado ya un gran paso. ¡Mas esta carta! ¿Cómo podré hacerla llegar á Malipieri? ¿Cómo hacerle saber el nombre de Rodolfo? Mientras espero, no debo guardar esta carta sobre mí. ¿Dónde podría dejarla con seguridad?

(Fijándose en una mesa con cajón.)

¿Este cajón se cierra? Sí. Perfectamente.

(Pone la carta en el cajón y guarda la llave.)

¡Orfeo!

(El hombre se levanta y se aproxima.)

¿Tú te llamas Orfeo, verdad? Voy á salir. Esta noche tendréis que velar, tú y tu compañero. Será fácil que os traigan á alguno para hacerle desaparecer. Una mujer.

ORFEO

El Brenta está allí.

(Se vuelve al fondo.)

HOMODEI, sentándose

¡Oh! No poder escribir al podestá, ni hablarle,
¡qué obstáculo! ¡Cómo se simplificaría la cosa!

(Apoya el codo en la mesa y la cabeza en la mano, como meditando profundamente. En aquel momento vese aparecer el semblante de RODOLFO en la ventana del fondo.)

RODOLFO, desde fuera, mirando al interior del casucho

Si no me engaño, allí hay un hombre que se parece...

(Entreabre un poco el postigo.)

No, no me engaño. Es él. ¡Ese miserable Homodei!
¡Ah, ahí está!

(Cierra el postigo y desaparece.)

HOMODEI, levantándose

Es indispensable hallar medio de avisar al podestá.
¡Ah! La llave del cajón. Ya la tengo. Sí. Está bien.

(Sale por la puerta del fondo, que se cierra en seguida. Rumor de voces fuera.)

PRIMERA VOZ

¡Defiéndete, miserable!

SEGUNDA VOZ

¿Qué es esto, señor?

PRIMERA VOZ

¡Defiéndete, digo!

SEGUNDA VOZ

¡Señor Rodolfo!...

PRIMERA VOZ

¡Defiéndete ya, infame, ó te mato como á un perro!

(Se oye choque de espadas.)

ORFEO, que se ha quedado solo en la casucha, levantando la cabeza

Me parece que matan á alguno allá fuera.

(Vuelve á trabajar en la cesta.)

SEGUNDA VOZ

¡Ah!...

PRIMERA VOZ

Homodei, me debes la vida, ¡págamela!

SEGUNDA VOZ

¡Ah!

(Termina el rumor. Alguien se aleja.)

ORFEO, trabajando en la cesta

Ya hay un muerto.

(Suenan golpes violentos en la puerta.)

ORFEO

¿Quién hay?

UNA VOZ, desde fuera

Soy yo, abre.

ORFEO

¡Ah! Eres tú, Gaboardo.

(Va á abrir. Entra GABOARDO llevando á HOMODEI, cuyas piernas arrastran. GABOARDO es semejante á ORFEO.)



ESCENA TERCERA

ORFEO, GABOARDO Y HOMODEI

ORFEO, examinando á HOMODEI

¡Toma! Es el mismo que estaba aquí antes.

GABOARDO

Le ha matado un caballero, que se ha alejado á grandes pasos al verme llegar. Un guapo mozo, por mi vida.

ORFEO

¿Está bien muerto?

GABOARDO

Así parece.

ORFEO

Sacúdele un poco. ¡Si casi no ha brotado sangre de la herida!

ANGELO

101

GABOARDO

No por ello será mejor.

HOMODEI, abriendo los ojos

¡Ah! ¿Dónde estoy? ¡Ah, me ahogo! ¿Eres tú, Orfeo? ¿Y ese es tu compañero? ¡Oh! Tomad la bolsa que tengo en el bolsillo. Es para vosotros.

(ORFEO busca la bolsa.)

GABOARDO, á ORFEO

No te molestes. Ya se la he quitado.

HOMODEI

Dices que me la has quitado ya. Está bien. Me parece que eres inteligente. Voy á explicarte lo que hay que hacer. En el bolsillo tengo también una llave. ¡Oh, me haces daño! Lo mismo da, tómala. Bueno. Es la llave de ese cajón. Ábrelo. ¿Cómo te llamas?

GABOARDO

Gaboardo.

HOMODEI

Gaboardo. Bueno, abre el cajón. Verás un papel. Tráelo. Bien. Este papel hay que llevarlo al podestá. ¿Oyes? ¿Me comprendes? Al podestá. Le llevarás este papel. ¡Oh, yo muero! Dadme con que escribir.

ORFEO

¡Escribir! ¿Para qué sirve esto?

GABOARDO

No tenemos nada.

HOMODEI, con rabia

¡Nada para escribir! ¡Ah!

(Cae y luego se incorpora.)

Pues bien, escuchad. Escucha, Gaboardo. Iréis á encontrar al podestá monseñor Malipieri, con este papel, que es una carta. ¿Me comprendéis? Y os dará cien cequíes de oro. ¡Comprendéis! Y diréis al podestá que esta carta va dirigida á su mujer, por un amante de su mujer... ¡Oh, me ahogo! Que se llama Rodolfo. ¿Oís? Rodolfo. Su nombre es Rodolfo. Recordadlo bien. ¡Oh! Voy á morir, pero mi venganza se cumplirá. ¡Oh! Si me enterráis vosotros, dejadme el brazo fuera de la tierra, derecho y levantado, para figurar mi venganza. ¡Rodolfo! ¿Comprendéis? Oigamos. ¿Qué es lo que os he dicho? Repetidlo.

GABOARDO

Habéis dicho que nos darían cien cequíes de oro.

HOMODEI

¡No, no es esto! Sostenedme la cabeza para que pueda hablaros todavía. Escuchad bien. Los cien cequíes de oro, el podestá no os los dará si no le decís bien... ¡Ah! Escuchad. Llevad la carta... al podestá. Su mujer tiene un amante... Decídselo... que ha escrito la carta... decídselo... que se llama Rodolfo... decídselo. Decídselo todo. ¡Me ahogo! La muerte llega. Levantadme más la cabeza. ¡Oh, miseria! ¡Morir y tener que confiar mi venganza á esos imbéciles! ¿Comprendéis? Ro... Rod... olfo.

(Muere.)

GABOARDO

Ha muerto. Vamos en seguida á casa del podestá. Cien cequíes de oro. ¡Diablo! ¿Y la carta? Sí, ya la

tengo. ¿Te acuerdas bien de todo, Orfeo? Decir al podestá que su mujer tiene un amante, que ha escrito esta carta, y que se llama... ¿Cómo ha dicho?

ORFEO

Ha dicho Roderigo.

GABOARDO

No, ha dicho Pandolfo.

SEGUNDA PARTE

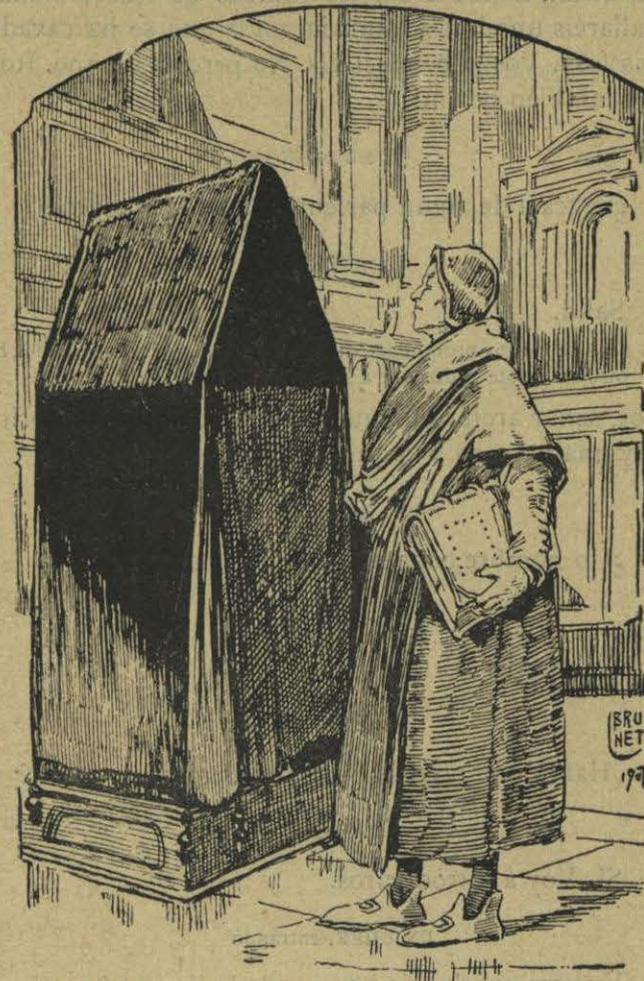
El aposento de CATERINA. Las cortinas del estrado que rodean el lecho están corridas.

ESCENA PRIMERA

ANGELO y dos sacerdotes

ANGELO, al primero de los sacerdotes

Señor deán de San Antonio de Padua, haced colgar de negro inmediatamente la nave, el coro y el altar mayor de la iglesia. Dentro de dos horas—dentro de dos horas—, celebraréis un solemne oficio para descanso del alma de alguna persona ilustre que morirá en aquel preciso momento. Vos asistiréis á ese servicio con todo el capítulo. Haréis exponer la reliquia del santo. Encenderéis cien ciriales de cera blanca, como para las reinas. Reuniréis á seiscientos pobres, que recibirán cada uno un ducado de plata y un cequí de oro. En los negros cortinajes no pondréis más ornamentos que las armas de los Malipieri y las de los Bragadini. El escudo de Malipieri es de oro, con una garra de águila; el escudo de los Bragadini está cortado de azul y plata y ostenta la cruz roja.



EL DEÁN

Magnífico podestá...

ANGELO

¡Ah! Vais á bajar inmediatamente con todo el clero, precedido de cruz y bandera, á la cueva del pala-

cio ducal, donde están las tumbas de los Romanos. Hallaréis una losa levantada, en la que se ha cavado una fosa. Vos la bendeciréis. No perdáis tiempo. Rogad también por mí.

EL DEÁN

¿Se trata de algún pariente vuestro, monseñor?

ANGELO

Salid.

(El deán se inclina profundamente y sale por la puerta del fondo. El otro sacerdote se dispone á seguirle. ANGELO lo detiene.)

Vos, señor arcipreste, quedaos. Ahí, en ese oratorio, hay una persona á la que confesaréis en seguida.

EL ARCIPRESTE

¿Un hombre condenado, monseñor?

ANGELO

Una mujer.

EL ARCIPRESTE

¿Habrá que preparar á esa mujer á bien morir?

ANGELO

Sí. Voy á introducirlos.

UN UJIER, entrando

Vuestra excelencia ha mandado llamar á madona Tisbe. Está allí.

ANGELO

Que entre y que me espere aquí un instante.

(El ujier sale. El podestá abre el oratorio y hace seña al arcipreste de que entre. En el dintel le detiene.)

Señor arcipreste, si en algo estimáis la vida, cuando

salgáis de aquí guardaos de decir á nadie absolutamente el nombre de la persona que vais á ver.

(Entra en el oratorio con el sacerdote. La puerta del fondo se abre, y el ujier introduce á LA TISBE.)

LA TISBE, al ujier

¿Sabéis lo que quiere de mí?

EL UJIER

No, señora.

(Sale.)

ESCENA SEGUNDA

LA TISBE, sola

¡Ah, este aposento! ¡He de verme otra vez en este aposento! ¿Qué querrá el podestá? El palacio esta mañana tiene un no sé qué de siniestro. ¿Qué me importa? Daría mi vida por un sí ó un no. ¡Oh, esa puerta! ¡Qué efecto más extraño me produce ver esa puerta de día! ¡Y estaba detrás de esa puerta! ¿Quién? ¿Quién era el que estaba detrás de la puerta? ¿Si por lo menos estuviese segura de que era él? Ni siquiera he vuelto á ver al espía. ¡Oh, esa incertidumbre! ¡Terrible fantasma que os obsesiona y que os contempla con ojos torcidos sin reir ni llorar! Si estuviese segura de que era Rodolfo, bien segura, con pruebas indudables... ¡Oh! Le perdería, le denunciaría al podestá. No, no. Pero me vengaría de esa mujer. No. Me mataría. ¡Oh! Sí, si estuviese segura de que Rodolfo ya no me ama, segura de que me engaña, segura de que ama á otra, entonces ¿de qué me serviría la vida? De nada, me sería indiferente y moriría. ¡Oh! ¿Pero sin vengarme? ¿Y por qué no? ¡Oh! Sí, razono así en estos momentos, pero soy muy capaz de vengarme. ¿Puedo responder de lo que pasaría por mí si me probaran que el hombre de esta noche era Rodolfo? ¡Ah, Dios misericordioso! ¡Preservadme de un acceso de ira! ¡Oh, Rodolfo! ¡Caterina! Si fuera verdad, ¿qué haría yo? ¿Daros la muerte? ¿Matarme? ¡Qué sé yo!

(Entra ANGELO.)

ESCENA TERCERA

LA TISBE y ANGELO

LA TISBE

¿Me habéis hecho llamar, monseñor?

ANGELO

Sí, Tisbe. Tengo que hablaros. Tengo que hablaros de muchas y graves cosas. Ya os decía que en mi vida, cada día que pasa es una asechanza, una traición, una puñalada que recibir ó un hachazo que dar. En dos palabras: mi mujer tiene un amante.

LA TISBE

¿Y se llama?...

ANGELO

Que estaba en su cuarto esta noche mientras estábamos nosotros.

LA TISBE

¿Y se llama?...

ANGELO

Oid como se ha descubierto la cosa. Un hombre, un espía del consejo de los Diez... Tengo que advertiros que los espías del consejo de los Diez se hallan,